

Como nubes, vamos flotando majestuosamente en el aire.

Un ligero viento nos empuja facilitando nuestro avance.

Abajo, el terreno parece ir subiendo hacia nosotras; cada vez más colinas y más montañas surgen bajo nuestra mirada. El efecto es acrecentado por el hecho de que, por nuestra parte, estamos descendiendo. Es casi imperceptible y resulta maravilloso cuando piensas en como una tan tremenda masa puede flotar, moverse y descender tan suavemente.

Al frente, todavía algo lejos, se yergue una impresionante cordillera con sus picos llenos de nieve. Brillantes triángulos blancos, con su vértice hacia abajo, definen los glaciares que lentamente ruedan por la ladera, empapando todo.

No recuerdo donde nací, pero era un sitio muy parecido a éste. Fue en el atardecer de un verano en el que se creó el ambiente propicio para producir una fuerte tormenta llena de pasión, fuerza, chispas de electricidad y energía máxima.

Yo sé que una tormenta puede significar destrucción, pero quien mejor que yo para también saber que, cuando una tormenta es creadora, produce vida. Me gustan las tormentas; mientras en este planeta haya tormentas el planeta estará vivo.

Era una mezcla de furia apasionada, de energía contenida. Era una fuerte tensión y al mismo tiempo fuerte tendencia de cohesión de los contrastes de temperaturas y presiones existentes entre la atmósfera y el suelo.

Era como si dos fuertes voluntades quisieran eliminar diferencias y tensiones y al mismo tiempo unir en una las individuales necesidades de estabilizar, armonizar y crear. Crear vida y belleza a través del aparente caos.